

Aparejos mixtos en el primitivo conjunto de San Jerónimo en La Antigua Guatemala

Fernando Vela Cossío

El empleo del aparejo mixto, de presencia muy señalada en la construcción hispano-romana, es una constante en buena parte de la arquitectura medieval de la Península Ibérica, muy especialmente en la de tradición mudéjar. Su uso constante en la arquitectura española de la Edad Moderna es bien conocido, así como su paso al Nuevo Mundo desde finales del siglo XV. Las referencias al desarrollo de las tradiciones constructivas mudéjares en la arquitectura hispanoamericana son muy abundantes, pero se han circunscrito muchas veces al estudio de la carpintería de armar (López Guzmán *et al*, 1992), un episodio excepcional por su extensión y calidad en nuestra historia de la construcción. Sin embargo, lo cierto es que el trabajo de los alarifes castellanos en distintas localizaciones de las Antillas y de América Central manifiesta también una firme continuidad en la utilización de las fábricas de aparejo mixto de filiación mudéjar. Podríamos destacar algunos casos extraordinarios, como el del Hospital de San Nicolás en Santo Domingo (1533-1552), en el que se han conservado los restos de los grandes paños de tapias y aparejo de tipo toledano de la construcción original. Y también pueden verse algunos ejemplos en yacimientos arqueológicos muy importantes como Panamá Viejo, el lugar del emplazamiento primitivo de la primera fundación española de la ciudad (1519) destruido y abandonado con motivo del gran asedio de Henry Morgan de 1671.

En la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala (hoy Antigua Guatemala), uno de los cen-

tros urbanos más importantes de la América colonial española, se ha conservado probablemente el mayor y más destacado conjunto de casos, tipos y soluciones constructivas de esta clase de aparejos mixtos al que queremos hacer referencia en este trabajo. La variedad, calidad e interés de los muchos ejemplos que podemos encontrar repartidos en su extenso conjunto histórico, justificarían sobradamente el estudio sistemático y la catalogación rigurosa de los mismos, trabajo que, a día de hoy, sólo se ha desarrollado parcialmente.

LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

Concluida la conquista de México por Hernán Cortés, los españoles emprendieron de inmediato la de Centroamérica. La llevó a cabo Pedro de Alvarado (1485-1541), que participó en las conquistas de Cuba y México y que había formado parte de las primeras expediciones de exploración de las costas de Yucatán. Alvarado llegó a Guatemala a comienzos de 1524 al mando de ciento veinte soldados de caballería, trescientos infantes y un nutrido grupo de indios tlaxcaltecas, indígenas de lengua Náhuatl aliados de los españoles. Los conquistadores establecieron su primera capital en el altiplano occidental de Guatemala, en la ciudad de Iximché, trasladándola en 1527 a un nuevo emplazamiento situado más al sudeste, en el valle de Almolonga, en la falda del Volcán de

Agua. Aquí permaneció hasta su completa destrucción por un alud de lodo producido por las lluvias torrenciales de la noche del 10 de septiembre de 1541, catástrofe que también costó la vida a la gobernadora Beatriz de la Cueva, viuda de Alvarado. La población que hoy se levanta sobre los restos del primer emplazamiento de los castellanos ha conservado el nombre de Ciudad Vieja.

Destruída la ciudad, el obispo Francisco Marroquín (1499-1563) y Francisco de la Cueva, nombrados gobernadores provisionales, comenzarían a asignar sitios en la nueva capital a principios de diciembre de 1541. La traza de la ciudad, que conservaría el nombre de Santiago de los Caballeros, se extiende en una perfecta cuadrícula sobre el valle del Panchoy, a 1.500 metros de altitud. Y será aquí, aunque castigada periódicamente por importantes terremotos y otros desastres, donde se desarrollará una ciudad floreciente y muy hermosa, que quizá pudo llegar a albergar en sus momentos de mayor esplendor, en el siglo XVIII, a cerca de treinta mil habitantes (Annis, 1968: 7). En ella se establecería la Real Audiencia de Guatemala (1543) y la Capitanía General de Centroamérica hasta su forzoso y accidentado traslado a la Nueva Guatemala de la Asunción en el año 1776 a instancias del Capitán General Martín de Mayorga y por orden del rey Carlos III.

La ciudad padeció a lo largo de su historia un número verdaderamente extraordinario de catástrofes, como las grandes inundaciones de 1566 o las más de cincuenta erupciones del Volcán de Fuego entre comienzos del siglo XVI y finales del XIX. Pero la historia de La Antigua Guatemala estuvo condicionada, sobre todo, por los terremotos, que fueron constantes y devastadores. El del 23 de diciembre de 1586 hizo, al parecer, grandes estragos. Muy grave debió ser el del 18 de febrero de 1651. Y el terremoto de San Miguel, sucedido el 29 de septiembre de 1717, dejó a la ciudad tan seriamente dañada que se consideró su traslado a otro lugar. Los terribles efectos de los terremotos de Santa Marta, una sucesión de varios sismos en la segunda mitad del año 1773, llevaron finalmente al Capitán General a solicitar al Rey el traslado de la capital en 1775.

La historia de La Antigua es, por ello, el resumen de un complejo proceso de construcciones, destrucciones y reconstrucciones. El patrimonio arquitectónico de la ciudad, declarada Monumento Nacional de Guatemala en 1944 y Patrimonio de la Humanidad

por la UNESCO en 1979, nos ha dejado fiel testimonio de las técnicas, procedimientos y materiales con los que, en el transcurso de los casi doscientos cincuenta años que median entre su fundación y su abandono, la ciudad se pudo convertir en uno de los conjuntos urbanos más importantes de toda la América española. Sus monumentales edificios civiles (entre los que se encuentran el Palacio de los Capitanes Generales, la Casa de la Moneda, la Real Aduana o el Cabildo), la Universidad de San Carlos, media docena de antiguos colegios, una docena de monasterios, cinco conventos, una veintena de iglesias y ermitas, vía crucis, fuentes, así como los innumerables conjuntos residenciales y elementos singulares (portadas, ventanas, rejas, etc.) que conserva la ciudad de su glorioso pasado colonial, constituyen un patrimonio urbano y arquitectónico verdaderamente excepcional en el que la dimensión histórico-constructiva se despliega sobre una multitud de aspectos de gran interés, como el de los materiales y técnicas de construcción (Ceballos, 2008), los propios efectos destructivos de los terremotos sobre las fábricas o el ensayo y la puesta en práctica de técnicas de construcción anti-sísmicas.

LAS RUINAS DE SAN JERÓNIMO

Entre los conjuntos históricos más interesantes que en La Antigua pueden visitarse se encuentran las ruinas de la antigua ermita de San Jerónimo. En este lugar, junto a la primitiva iglesia, construyeron los mercedarios entre 1739 y 1757 un colegio. Pare ello, levantaron un edificio de dos plantas y un claustro, que se han conservado parcialmente.

El conjunto fue convertido en Real Aduana en 1765, bajo proyecto del ingeniero Luis Diez de Navarro. Nacido en Málaga en 1699, Diez de Navarro había ingresado en el cuerpo de ingenieros en 1720, trabajando en la década siguiente en la ciudadela de Barcelona y en las fortificaciones de Cádiz. Debió llegar a Santiago de los Caballeros en el año 1742 (Olvera y Reyes, 2004: 48), después de una década de trabajo en la Nueva España, donde estuvo destinado en las obras de reparación del puerto de Veracruz, de las que se ocupó entre 1736 y 1740. Es el autor del diseño de la Casa de la Moneda de Ciudad de México y de la Iglesia de Santa Brígida de Veracruz. En La Antigua Guatemala trabajó, además de en la

Real Aduana, en la rehabilitación del Palacio de los Capitanes Generales desde 1755 y durante la década de 1760, según recogen Diego Angulo Íñiguez (1933-1939) y Verle L. Annis (1968: 31). Recuerda Annis (1968: 36) que Diez de Navarro se opuso a la adecuación de un lugar tan apartado del centro urbano, proponiendo la búsqueda de un espacio más céntrico en el que, además, la misma guardia pudiera servir a la Caja Real, a la Casa de la Moneda y al Estanco de Tabaco. Más tarde, cuando se produce la expulsión de los jesuitas (1767), se plantearía que su colegio (donde se ubica hoy el espléndido centro de formación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo) pudiese ser destinado a aduana y estanco de tabaco, reservándose el solar de San Jerónimo para levantar un nuevo cuartel de dragones. Sin embargo, como el rey no permitió el destino de los edificios de los jesuitas con fines utilitarios, la Real Aduana se concluyó finalmente en 1769 en el lugar previsto inicialmente, en san Jerónimo, habilitándose una parte como cuartel.

En este conjunto hemos tenido la oportunidad de estudiar varios tipos de aparejos mixtos de gran interés, entre los que se encuentran algunos de los más antiguos de La Antigua. Es el caso de la fachada de la primitiva ermita de San Jerónimo (figura 1), situada en el extremo occidental del conjunto y datada en los siglos XVI-XVII, que ha conservado al interior un paño de aparejo mixto. Este aparejo es de mampostería con mortero de cal, encintada con una triple



Figura 1
Interior de la fachada de la ermita de San Jerónimo. Imagen del autor

verdugada de ladrillo en la que las piezas se colocan alternativamente a soga y a tizón (figura 2). La iglesia de San Jerónimo ha sido estudiada con metodología arqueológica (Cruz Caballeros y Ramírez, 2009), proponiéndose para la misma una secuencia cronológica que distingue cuatro etapas: 1) construcción de la ermita de San Jerónimo (siglo XVI); 2) obras de ampliación del templo; 3) ampliación de la misma con la construcción de la capilla de Jesús Nazareno (siglo XVII), para una cofradía que aparece citada en textos del año 1675; y 4) construcción de la sacristía adosada a la capilla de Jesús Nazareno (siglo XVII). El aparejo del muro occidental del templo constituiría, por tanto, un ejemplo relativamente singular por su temprana cronología.

En el área oriental del conjunto se han conservado restos muy importantes del colegio mercedario así como de su claustro, embellecido, como se acostumbra en La Antigua, por una gran fuente monumental (figura 3). En las crujiás orientales se pueden apreciar



Figura 2
Detalle del aparejo de la ermita de San Jerónimo. Imagen del autor



Figura 3
Restos del claustro del colegio mercedario. En primer término, la fuente. Imagen del autor



Figura 5
Detalle del machón. Imagen del autor

los muros levantados en las décadas centrales del siglo XVIII. Se trata de grandes tapias de tierra cruda reforzadas con machones. Aquí, el elemento que singulariza la construcción histórica es la ejecución de estos machones con un aparejo mixto de mampostería de piedra y verdugadas de ladrillo (figura 4), en lugar de un aparejo de ladrillo, como resulta tan frecuente en la Península Ibérica. Es de hacer notar que en esta parte del conjunto el ladrillo se emplea, además, para regularizar las hiladas de los cajones de tapial. Las piezas de ladrillo son de 32 x 16 x 4 cm, y las hiladas de la mampostería, con las piezas concertadas en disposición vertical, alcanzan los 30 cm de altura (figura 5).



Figura 4
Tapial con machones de aparejo mixto. Imagen del autor

El último aparejo sobre el que queremos detenernos se encuentra en el lado norte del conjunto, donde se disponen algunas de las crujiás de la construcción de la segunda mitad del siglo XVIII, la que corresponde a las obras de adecuación del colegio a las funciones de Real Aduana y cuartel. En el límite septentrional del edificio podemos ver muros de mampostería encintada con una verdugada simple de ladrillo colocado a soga (figura 6). En este caso hay que destacar, además, que se han conservado los revestimientos interiores originales, resueltos mediante la aplicación de un revoco de cal de muy buena calidad con pintura de almagre (figura 7). Esta parte del



Figura 6
Mampostería encintada en el muro norte. Imagen del autor



Figura 7
Detalle. Imagen del autor

edificio se conservaba en pie hasta el terremoto de 1976, lo que explicaría la excelente conservación de estos revestimientos.

Las razones que pueden explicar el empleo tan extendido de esta clase de aparejos mixtos en La Antigua Guatemala hay que buscarlas, sobre todo, en la propia disponibilidad de los materiales de construcción. La piedra procedente del valle del Panchoy es un material duro y muy quebradizo, que no permite ser extraído en grandes bloques y es de muy difícil talla (Annis, 1968: 22), lo que habría obligado a emplearlo en esta clase de fábricas de mampostería, regularizadas con el uso de las verdugadas de ladrillo

de tejar, reservándose el uso de la sillería labrada, más escasa y valiosa, para las fachadas y elementos singulares de los edificios monumentales. De hecho, no es infrecuente encontrar muros de carga de aparejo mixto revestidos posteriormente con piedra labrada, una técnica que comienza a emplearse en Santiago de los Caballeros en el segundo cuarto del siglo XVIII y de la que tenemos un ejemplo excelente en la iglesia del convento de las Capuchinas, una obra de Diego de Porres (1677-1741) construida en 1731. El nombre de este maestro mayor, hijo del también alarife José de Porres, se asocia precisamente en la arquitectura de La Antigua al empleo de la piedra blanda para revestimientos (Annis, 1968: 174).

LISTA DE REFERENCIAS

- Angulo Íñiguez, Diego. 1933–1939. *Planos de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias*. Sevilla: Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla.
- Annis, Verle Lincoln. 1968. *La arquitectura de La Antigua Guatemala 1543–1773*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Ceballos, Mario. 2008. *Análisis de la arquitectura colonial de Guatemala*. Guatemala: Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad San Carlos de Guatemala.
- Cruz Caballeros, Ana Betzabé y Juan Carlos Ramírez Ramírez. 2009. *Proyecto de restauración y habilitación del conjunto arquitectónico de San Jerónimo. La Antigua Guatemala*. Nueva Guatemala: Universidad San Carlos de Guatemala. Tesis de maestría dirigida por Karim Lucsett Chew.
- López Guzmán, Rafael, Lázaro Gila Medina, Ignacio Henares Cuéllar y Guillermo Tovar de Teresa. 1992. *Arquitectura y carpintería mudéjar en Nueva España*. México: Grupo Azabache. Colección Arte Novohispano.
- Olvera Calvo, María del Carmen y Ana Eugenia Reyes y Cabañas. 2004. «El gremio y la cofradía de los canteros de la Ciudad de México». *Boletín de Monumentos Históricos INAH*, núm. 2, págs. 43-57.

